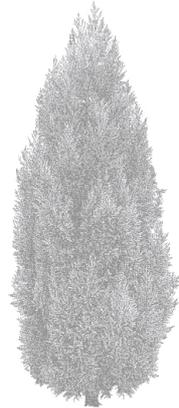


La villa del laberinto

FIONA VALPY



Libros de
seda

Para Jerry y Linda, con amor y amistad

«En mitad del camino de la vida
Me encontré en un bosque oscuro
Donde el camino recto se perdió».

Divina comedia
DANTE
Infierno, Canto I, 1-3

Tess, 2016

*P*uede que pareciera que seguía viva, que todavía respiraba y caminaba y me movía, haciendo las cosas cotidianas, pero mi vida se detuvo el día que la tuya se acabó en aquella habitación oscura de la clínica en Suiza.

Ahora sé, no obstante, que aún queda esperanza. Una vida después de la muerte. Sé que puede encontrarse un camino a través del laberinto tortuoso del dolor.

Fue Beatrice Crane quien me mostró ese camino.

Capítulo 1

Tess, 2015

«*E*ste lugar te va a encantar». Fue lo primero que pensé al estar allí, contemplando el valle. Detrás de mí, el polvo flota en el aire, que no se mueve, mientras el taxi desaparece por la pista llena de baches, regresando por el camino bordeado de cipreses hasta la verja de hierro que da entrada a la finca, antes de poner rumbo a la carretera que lleva a Florencia.

La luz del atardecer baña el paisaje toscano con un tono dorado y los persistentes rayos de sol bruñen los campos de trigo ya maduro. En la colina a lo lejos, otra línea clara de cipreses, en zigzag, se abre paso hacia arriba hasta un bosquecillo rebelde de robles.

Tú te hubieras quedado aquí, junto a mí, en silencio, y me hubieras tomado de la mano, y hubieras escuchado el canto de las cigarras entonando esa sinfonía suya llena de agudos, contemplando la orografía. Tu ojo de cartógrafo habría advertido el amplio valle, mucho más ancho que el río que lo cruza, y las laderas erosionadas de las colinas que lo rodean. Me habrías contado, en lugar de leerlo yo en una guía comprada en el aeropuerto, que a esta región se la conoce como la Crete Senesi.¹

¹ N. de la Trad.: Región de la Toscana al sur de Siena. Su nombre en italiano significa literalmente «arcillas sienesas».

Puedo oír tu voz. Y, para mi sorpresa, es tu voz de verdad. No es la voz robótica y sintetizada en la que debías confiar cuando la enfermedad te paralizó las cuerdas vocales, sino ese tono tuyo profundo, calmado, ese tono tan serio que empleabas cuando hablabas de tu trabajo y que tan rápidamente dejaba a la vista ese cariñoso sentido del humor que tenías cuando te relajabas. «¿Ves esos despeñaderos que hay a lo largo del borde del valle? Los han convertido en un área de conservación especial», me habrías dicho. «Se trata de un hábitat tremendamente frágil a pesar del verdor que nos rodea».

Me suena tan real que quiero volverme para ver si estás de pie junto a mí, pero me resisto, sabiendo que, si lo hago, el hechizo desaparecerá. No hay nadie, lo sé, solo el muro de la villa y un seto de boj podado con mucho esmero.

Estudio el paisaje que se extiende kilómetros ante mí. Si estuvieras aquí, te habrías vuelto para mirar la mole de color azul brumoso que es el monte Amiata, allí a lo lejos, en el oeste, y hubieras señalado que esa montaña inquietante es en realidad un volcán apagado. Los ojos se te habrían iluminado mientras me hablabas de las placas tectónicas y de las zonas de abducción, de los ríos de magma, rojo y caliente, y de las fuerzas inimaginables que han creado las rocas que nos rodean, y habrías planeado una excursión a las fuentes termales que quedan unos kilómetros más allá, un recordatorio de que la tierra sobre la que pisamos no es tan firme como parece.

Una ligera brisa me despeina un poco, se me han escapado algunos mechones de pelo del moño, un moño un poco desastroso que me he hecho, y me hacen cosquillas a un lado del cuello. Por un momento cierro los ojos y me permito imaginar que no es el viento, sino tu respiración. Levanto la barbilla, quiero más, echo de menos sentir tus labios sobre mi piel. Pero el movimiento rompe el frágil hechizo y, una vez más, desapareces.

Despertándome, recojo las maletas y me vuelvo hacia la villa. Sus paredes de color ocre reflejan los campos de trigo, y las persianas

de las ventanas son del mismo verde oscuro que los cipreses, lo que complementa el paisaje natural de colinas y árboles. Pero también hay una cierta elegancia en todo ello, la mano del hombre se hace evidente en los escalones que llevan a la puerta principal y en los detalles tallados con finura a lo largo de la balaustrada que recorre toda la fachada de la casa. Me entran ganas de sacar la cámara y hacer unas fotos, pensando de manera automática en cómo las enmarcaré. Pero ya habrá tiempo más tarde. No estaría bien que me pusiera a hacer fotos antes de haber anunciado siquiera mi llegada.

Llamo a la puerta y oigo el eco de los golpes en el silencio. No hay respuesta. Sin embargo, la señorita Crane me dijo en nuestro intercambio de *emails* que lo más probable es que ella estuviera en el jardín y que debía buscarla allí. Sigo el camino de piedra que lleva hasta la parte trasera de la villa, ni mucho menos me espero lo que me voy a encontrar.

Bajo la suave luz del atardecer, los jardines me dejan sin aliento. La armonía de las hileras de setos de boj, perfectamente podados, que proyectan sus sombras alargadas sobre una hierba blanqueada por el sol, suavizadas por los limoneros plantados en unos enormes tiestos de barro y cascadas de geranios rojos que caen desde unas jardineras de piedra talladas. Más allá del seto más alejado, el terreno asciende con suavidad y se abre un camino que te lleva a mirar a una zona más agreste.

Aquí se alza una pérgola de madera cubierta de glicinas que proporciona refugio del sol de la Toscana. A cada lado se ven unos lechos curvos de lavandas púrpura y de flores blancas que se mueven como si fueran alas de mariposa flotando sobre ellas. Unas florecillas rosas aquí y allá dan un contrapunto de delicadeza, estructurando todo el plantío, y plantas de tabaco liberan su perfume para tentar a las polillas a que acepten su abrazo. A la izquierda, visible desde la parte delantera de una arboleda de robles altos, el camino se bifurca y acaba en una densa pared de cipreses con una poda de copa. Parece impenetrable, algo prohibido, y me pregunto qué habrá ahí, tras ese muro que interrumpe de manera abrupta la

que, de otro modo, sería una vista preciosa. De manera instintiva, aparto los ojos de ese lugar y vuelvo a mirar la parte más amplia del jardín. El camino rodeado de lavandas acaba en un cenador, también rodeado de glicinas, y bajo él hay un banco de madera que mira a las colinas ondulantes que se alzan más allá, una tras otra, que van del azul al malva y al gris.

Aparece una figura alta, un poco encorvada, zigzagueando pausadamente por el camino de la parte menos modelada del jardín, así que parpadeo para asegurarme de que no es una alucinación. Lleva una bata larga y un sombrero de ala ancha para protegerse del sol, lo que hace que parezca una reliquia de principios del siglo pasado. Carga con una cesta en una mano y tiene unas tijeras de podar en la otra, que va blandiendo aquí y allá por los rosales, quitando las flores secas. Cuando me ve, levanta las tijeras para saludarme.

—Ah, aquí estás, Tess. Qué buen momento. Precisamente estaba acabando por aquí y he cortado unas cuantas flores para ti, para tu casa. —Habla de la misma manera que lo hacían los locutores de la BBC en los primeros días de emisión de la radio, en un tono muy educado; solo se le nota un ligero acento escocés que suaviza los finales de las frases, y que hace que tenga la impresión de haberme colado por un agujero en el tiempo y haber aterrizado en los años cuarenta. Las palabras que empleaba al escribir los *emails* eran parecidas; redactaba cada mensaje como si fuera una carta escrita de su puño y letra, con un lenguaje preciso y educado. Pero, a pesar de tanta formalidad, se guarda las tijeras de podar en un bolsillo de la bata con tranquilidad, y amablemente alarga una mano para alcanzar la mía. Cuando lo hace, me sorprende la fuerza que tiene para ser una mujer tan mayor, y eso pese a que la artritis le ha deformado los dedos.

Beatrice Crane es una vieja amiga del colegio de mi abuela; ambas fueron hace mucho tiempo a un internado bastante austero en Escocia, junto al mar del Norte, y fue mi abuela la que me organizó esta escapada a Italia. Supongo que se dio cuenta de mis

dificultades para rehacer mi vida, bajo el abrazo asfixiante de la familia, después de que te hubieras ido. Traté de ocultarles mi dolor, pero podía verlo cada día, reflejado en sus caras mientras trataban de ayudarme con tanto ahínco y tanto amor. Estaban preocupados por mí. Pero sus cuidados acabaron por convertirse en una carga más, pues me forzaban a sonreír, por ellos, a acompañarlos a los paseos y las salidas y las comidas de los domingos, a todos esos entretenimientos que con tanto cariño organizaban para arrancarme de la soledad y distraerme del dolor. El problema era que cada una de esas cosas se convertía en un recordatorio de que ya no estabas aquí. Tú tendrías que haber estado sentado frente a mí a la mesa, durante la cena, mientras mi madre insistía en servirte un pedazo más de pudín de Yorkshire. Me habrías dado la mano durante los paseos, apretándome los dedos con cariño para decirme lo mucho que me amabas, incluso aunque al mismo tiempo estuvieras hablando con papá de *rugby*. Me habrías señalado cómo era el terreno por el que pasábamos mientras subíamos por la colina que hay detrás de casa. Adoraba el modo en que hacías que un paisaje tuviera sentido, mostrándonos cómo se había formado y cómo había evolucionado a lo largo de milenios por la acción del fuego y el hielo y los ríos y los hombres. Para mí, un mapa siempre era una hoja de papel de dos dimensiones; para ti, era mucho más que tu trabajo; era un mundo que respiraba, algo vivo en tus manos.

La abuela, que sigue teniendo el mismo ojo a los noventa y cuatro que antes, se dio cuenta de lo duro que todo aquello era para mí. O quizá no sea más que el hecho de que ya ha vivido lo suficiente y sentido bastante dolor como para entender el mío. Parecía saber que lo que necesitaba no era lo que la familia me estaba ofreciendo. Lo que yo deseaba era tener paz y un poco de espacio, sentir el lujo de no tener que proteger a los que quiero de la insoportable agonía de haberte perdido a causa de aquella cruel enfermedad. No sé cuándo se puso en contacto con su vieja amiga del colegio. O quizá lo mencionara en alguna de sus cartas Beatrice Crane, que ya no podía conducir y se sentía muy aislada en Villa delle Colombe.

Fuera como fuese, la trama se urdió y se hicieron los preparativos, una vez que estuve de acuerdo, para que viniera y pasara unos meses en Italia haciendo compañía a la señorita Crane y para que la llevara en coche a comprar siempre que lo necesitara.

Lo que de verdad hizo que me decidiera —como si la oferta de pasar unos meses en la Toscana fuera poco— fue el alojamiento que la señorita Crane me contó que tendría. Un poco como disculpándose, escribió que vivía en un apartamento situado en un ala de la casa principal, pero que había una casita de campo en la finca que yo podría utilizar. Cuando leí eso, levanté la vista del *email* de mi ordenador portátil y miré a mi alrededor, a la pequeña sala de estar de nuestra casa de Southampton, el piso que nos habíamos comprado hacía tantos años para que estuvieras cerca de tu trabajo en las oficinas del Ordnance Survey.² ¡Iba a tener una casita de campo entera para mí sola! Sin embargo, no fueron ni el sol de Italia ni las vistas de la Toscana en lo que yo estaba pensando. Lo que hizo que me decidiera fue el hecho de estar en un sitio donde tú no faltaras. Un lugar donde cada habitación no estuviera llena de tu ausencia, donde no me encontrara con aquellos recuerdos constantes y dolorosos de ti —o más bien, de haberte perdido— cada vez que hacía la cama o tomaba un tazón de la repisa. Así podría cerrar la puerta delantera y alejarme, dejando atrás las habitaciones donde ambos habíamos luchado durante tanto tiempo contra la terrible enfermedad que te iba consumiendo un poco más cada día. Donde tu mundo y el mío se encerraron, centímetro a centímetro, hasta que todo lo que quedó fueron esas cuatro paredes y un montón de parafernalia médica. El equipo nos permitió que pudieras quedarte en casa unos cuantos meses más, luego unas cuantas semanas más, luego un día más, hasta que la enfermera nos dijo muy amablemente que era demasiado para ambos y sugirió que había llegado el momento de...

² N. de la Trad.: Servicio cartográfico estatal. No es ficción, existe en la realidad y los servicios que ofrece pueden consultarse online: <https://www.ordnancesurvey.co.uk/>

Así, antes de empezar a pensar en todas las razones por las que debía quedarme en Inglaterra, cliqué en responder y escribí que reservaría un vuelo dentro de una semana, tal y como me sugerían.

El piso de Southampton parece encontrarse ahora a un mundo de distancia mientras estoy en este jardín, la primera tarde. Con la cesta y las tijeras de podar en la mano, la señorita Crane me lleva de vuelta a través del cuidado parterre, señalándome el invernadero junto a la piscina, una construcción donde los limoneros plantados en sus tiestos de barro se mantienen a salvo de las heladas invernales. En una parte de la pared por encima de sus paneles de vidrio se abren una serie de agujerillos formando un palomar, que es donde las palomas, *colombe*, anidan; son ellas las que han dado nombre a la casa. Me muestra una discreta puerta al fondo del ala este de la villa, que es la entrada a su apartamento, antes de acompañarme a través de un arco que se abre en las altas paredes de piedra.

Entramos en un patio amplio, cerrado por dos lados por un bloque de establos en forma de L. A través de la parte de arriba de las puertas abiertas, puedo ver que está vacío.

—Hace tiempo, aquí era donde Francesca tenía los caballos —dice la señorita Crane, sacudiendo el brazo—. En fin, se los llevaron todos durante la guerra...

Me guía bajo otro arco de piedra hasta el final del patio por un caminito pavimentado de manera tosca. Me quedo boquiabierta con las vistas, y ella me dice:

—Impresionante, ¿a que sí? Todo lo que ves: los campos, las colinas y los bosques, hasta donde se ve el horizonte, pertenece a la finca.

Un olor a ajo frito que hace que se te haga la boca agua sale de la puerta abierta de una casa de ladrillo rojo, cuyas paredes de estuco se están desconchando aquí y allá por el paso del tiempo.

—Ahí viven Giovanni y Vittoria —me dice la señorita Crane con otro aspaviento—. Él es el jardinero y ella me ayuda a cuidar de la villa. Mañana los conocerás.

Un camino polvoriento, que discurre colina abajo y por el que me lleva, pasa de largo ante la casita roja y lleva hasta otra de piedra. Con sus paredes bastas y sus tejas llenas de líquenes, parece formar parte del paisaje tanto como el roquedo sobre el que está construida. Una galería de piedra recorre el frente de la casa, dando sombra a las losas de la terraza que queda más abajo, y una antigua parra se retuerce por uno de los pilares para extender sus hojas al sol.

Empujando la puerta de madera desgastada, la señorita Crane me hace un gesto para que entre. Cruzo el umbral y me veo dentro de una cocina fresca, protegida del sol. En ella no hay más que un fogón y un fregadero, un aparador pintado y una mesa de pino arañada con unas sillas con respaldo en forma de huso. En un rincón se ve un cómodo sillón junto a una chimenea ennegrecida por el humo, algo que en verano sobra, pero que probablemente hará que este sea un sitio muy agradable donde sentarse, supongo, cuando el viento de otoño logre que no apetezca tanto quedarse en la terraza.

—Tu habitación está arriba, por esas escaleras. Y el cuarto de baño se encuentra también ahí. Voy a poner esto en agua y luego te dejaré para que te acomodes. —La señorita Crane toma un jarrón de barro del aparador y lo llena con agua del grifo, luego se pone a colocar las flores que lleva en la cesta. La miro un momento, sorprendida por la belleza de su rostro, mientras coloca cada tallo en su sitio. Tiene algo de sereno, con esos rasgos suyos delineados con suavidad gracias a la última luz del día, que entra por la ventana de la cocina. Lleva un pequeño broche de oro prendido en el pecho, con forma de flor en relieve, que brilla, y tiene el pelo de un blanco tan puro como el de las rosas que sujeta en las manos. Pero esa calma oculta algo más, una sensación de tristeza tan profunda y oscura como las sombras que se encuentran tras ella. Me siento como si me hubiera metido en un claroscuro pintado por Tiziano o Tintoretto y los dedos me piden que capture el momento con la cámara.

Cuando está satisfecha con el arreglo floral de las rosas, nomeolvides y hierbaluisa, lo coloca en mitad de la mesa para que perfume con su dulce aroma la estancia.

—¿Qué te parece? —pregunta, moviendo la mano para que tome posesión de mi alojamiento una vez que haya subido las maletas al dormitorio de arriba, bajo la cubierta.

—Es perfecto. —No me había dado cuenta de lo tensa que estaba, pero, al dejar caer el equipaje al suelo y posar el maletín donde llevo la cámara y las lentes sobre la cama, es como si me estuviera librando de otra carga, de una que llevo acarreado sobre los hombros durante mucho mucho tiempo—. Le agradezco enormemente que me haya invitado, señorita Crane.

Me pone una mano huesuda en el brazo y sonrío; al hacerlo los rasgos faciales se le contraen entre profundas arrugas.

—Por favor, llámame Beatrice, querida. Ya que vamos a estar aquí juntas... Y es un placer tenerte aquí. —Sus ojos son de un azul penetrante que contrasta con el moreno de su piel, con manchas del sol aquí y allá—. Sentí mucho lo que me contaron de tu marido... —Asiento, quizá de un modo un tanto seco, y parece entender que no me apetece mucho hablar de ti. Me da un apretón cariñoso en el brazo y luego dice—: Me recuerdas mucho a tu abuela, ¿sabes? La querida Philly, qué buena amiga ha sido para mí después de todos estos años.

Se vuelve de repente, y me pregunto si lo hace para ocultar el repentino brote de emoción que creo que he visto. A pesar de que la villa y el terreno que la rodea es un paraíso en la tierra, tiene que haberse sentido muy sola aquí, viviendo sin nadie más durante tanto tiempo. La abuela me contó que había gente que la ayudaba, claro, el viejo jardinero y su esposa, que mantenían la casa y la finca, pero a pesar de eso me imagino que tiene que haberse sentido muy sola a causa del aislamiento y de su edad avanzada. Me pregunto por qué se habrá quedado a vivir aquí, dejando pasar los años en este lugar hermoso pero solitario, en lugar de regresar a Gran Bretaña o haberse mudado a alguna casa más sencilla en

la ciudad, entre más gente. Pero parece una persona capaz y decidida, y tal vez prefiera que las cosas sean como son. Quizá mi compañía resulte suficiente para llenar los vacíos que pueda haber en su vida, al menos durante los próximos meses.

Saca un pañuelo del bolsillo de la bata y se suena haciendo mucho ruido, luego se ocupa de mostrarme el frigorífico, lleno de carnes frías y de queso, donde veo también una botella de vino.

—Hay pan en la panera y unas uvas en aquel tazón de ahí. Suficiente para empezar. Quizá mañana podamos conducir hasta donde están las tiendas para que tengas la oportunidad de comprar todo lo que necesites y yo pueda enseñarte el entorno. También tenemos un huerto, así que podrás recolectar tomates y lechugas siempre que te haga falta. Y calabacines y pimientos para llenar un cubo.

Quedamos en que me acercaré a la casa principal a las diez al día siguiente por la mañana y entonces me deja a solas para que pueda instalarme. Deshago las maletas, coloco la ropa en el viejo armario que hay en un rincón del dormitorio, y guardo tu brújula en la mesita de noche junto a la cama. La llevo conmigo allá donde voy, quizá con la esperanza de que me ayude a encontrar el camino mientras navego por el mar del dolor.

Al sentarme a la mesita de hierro forjado en la terraza bajo la galería, veo cómo se produce la condensación en el vaso de vino que tengo frente a mí y miro el sol ponerse más allá del monte Amiata. Por primera vez en muchos meses, tengo una sensación de calma que me llega a los brazos y las piernas. Me miro las manos y veo que tengo los dedos cerrados en puños, como siempre. Poco a poco, uno a uno, dejo que se vayan relajando, mientras la oscuridad suaviza el perfil de las colinas y las últimas golondrinas se deslizan al interior de sus nidos bajo los aleros de la casa.

Capítulo 2

Tess, 2015

A la mañana siguiente me preparo una taza de café y salgo a dar una vuelta, me dejo llevar por la mañana de sol y la novedad que el día promete. Vuelvo a hacer el camino que Beatrice Crane me mostró la tarde anterior, atravesando el arco de la pared para llegar al jardín. Todavía es pronto y dispongo de un poco de tiempo, así que tengo la oportunidad de echar un vistazo más detallado. Te imagino caminando junto a mí mientras me acerco al invernadero donde están los limoneros. La puerta de cristal no está cerrada con llave, y al empujar el picaporte de acero se abre sin hacer ruido. Entro. Han abierto las ventanas, pero ya hace calor dentro. Estoy segura de que a mediodía se pondrá como un horno. El suelo es de baldosas, que forman un dibujo de estrellas blancas y azules; aparte de la pila de cojines que hay en un rincón, está vacío. Parece que son de un par de hamacas que he visto junto a la piscina, un sitio sin duda tentador para sentarse más tarde.

Las suelas de mis sandalias suenan levemente sobre las baldosas de arcilla que rodean la piscina mientras me abro paso entre los limoneros con sus respectivos tiestos, y a través del parterre cuidado que queda en la parte de atrás de la villa. Esta es la zona de estilo italiano clásico del jardín. Aparte de las jardineras rectangulares

de geranios escarlatas que bordean el extremo exterior, la paleta de colores se reduce a frías sombras de verde y blanco, las líneas perfectas de los arbustos de boj podados añaden una formalidad recatada que encaja a la perfección con la arquitectura del edificio. Unas encinas muy altas a cada lado sirven para que la casa tenga sombra y esté protegida del calor del verano, y de una jardinera esculpida en piedra caen plumbagos blancos que forman una nube suave en el centro geométrico. En un rincón, el agua susurra tranquilamente sobre una profunda conducción de piedra llena de líquenes, donde un único nenúfar está empezando a abrir sus pétalos al sol matinal.

«Mira», te digo, sabiendo que te quedarías maravillado al ver su perfección.

Pero algo me empuja adelante, a la parte más agreste del jardín. La tarde anterior todo me resultó un poco borroso al tratar de hacerme a la idea de lo que me rodeaba, pero se me quedó grabado en la memoria el camino que lleva hasta esa barrera repentina y cerrada de cipreses entre verde y negra, y me intriga. Parece que estuviera fuera de lugar en medio de la abundancia de plantas que hay ahí arriba, impidiendo ver el resto del jardín.

«No tiene sentido», te oigo decir. «¿Qué crees que será?».

Todavía con la taza de café en la mano, vuelvo sobre mis propios pasos de ayer a través del hueco que hay en el seto y tomo el camino que va hacia la izquierda en la bifurcación y que lleva al sendero bajo los robles.

Al verlos más de cerca, me doy cuenta de que han mantenido los cipreses perfectamente podados, formando las densas paredes de un laberinto. No se puede ver el plano desde ninguna parte, pues se encuentra en la zona más alta de los jardines. Encuentro una abertura estrecha en una esquina y entro, dejando atrás la luz del sol al penetrar en el oscuro callejón. Camino por él un rato, pero pronto llego a un sitio donde la senda se bifurca. Miro atrás por donde he venido, como esperando verte ahí. Pero te has ido y la soledad vuelve a invadirme.

Noto un escalofrío de miedo en la nuca al darme cuenta de que no soy capaz de reconocer el hueco a través del cual he entrado. Las sombras que proyectan los cipreses son tan negras como la tinta y crean una especie de crepúsculo, aunque sé que justo al otro lado de sus ramas se halla la luz, que hace calor y que hay un jardín lleno de flores. Pero las paredes parecen cerrarse sobre mí y me da la impresión de que, si doy un paso más, no importa en qué dirección, el laberinto me tragará y puede que no consiga salir. Me tiembla la mano con la que sujeto la taza de café. Reacciono diciéndome que no tengo que ser tan tonta. Pero soy incapaz de poner un pie detrás de otro para avanzar, para adentrarme en la compleja red de caminos. Tomando aire para tranquilizarme, me vuelvo y regreso por donde he venido, pensando que ya le preguntaré a Beatrice más tarde sobre el laberinto y le pediré que me enseñe la ruta que lleva al centro.

Salgo parpadeando a la luz más allá del muro de cipreses y echo un vistazo al reloj de pulsera. Ya casi son las nueve en punto y hace más calor. Tengo que volver a casa y recoger los cacharros del desayuno, además de ponerme presentable para ir a ver a Beatrice a la villa a las diez.

Mientras me apresuro por la parte formal del jardín, oigo voces. Mi italiano es muy básico —hablo lo justo para ir a un restaurante o salir a comprar—, y a mis oídos es un idioma que suena como si se hablara siempre muy rápido, como si todo fuera urgente, incluso pedir un helado. Puedo oír la voz nerviosa de una mujer, aunque no entiendo todo lo que dice, seguida de otra más profunda, también vehemente, que le responde.

Rodeando un lado de la villa me encuentro con la señorita Crane un tanto despeinada, con el cabello blanco flotándole alrededor de la cara como si fuera una nube de pelusas de cardo, agarrándose los costados de la fina bata de algodón con una mano y blandiendo una carta con la otra. Un anciano que viste un viejo peto —supongo que será Giovanni, el jardinero— gesticula con unas grandes tijeras en la mano en respuesta a algo que le acaba de decir.

—¿Señorita... ejem... Beatrice? —digo—. ¿Va todo bien?

Se vuelve para mirarme, y todas las señales de triste serenidad que le había visto el día anterior parecen haberse esfumado, reemplazadas por una mirada de alegría de la de verdad.

—Mejor que bien, Tess —dice sonriente, al tiempo que sacude la carta mostrándomela—. Acabo de recibir muy buenas noticias. El propietario de la villa va a venir por fin. Después de tantos años, finalmente lo hemos encontrado.

Lo que me dice no tiene para mí ningún sentido. Todo lo que sé es que ella vive aquí, en su pequeño apartamento, haciendo de guardesa del lugar. Me cuesta recordar lo que la abuela me comentó sobre el antiguo propietario... Había sido un buen amigo de la señorita Crane, creo, y había muerto hacía algunos años, dejando a Beatrice a cargo de la casa y de los terrenos circundantes con la ayuda de unos cuantos empleados que quedaban. Pero quienquiera que sea el propietario actual, Beatrice está, sin duda, encantada ante la perspectiva de su llegada.

Alisa la carta, que se le ha arrugado al agarrarla con tanto entusiasmo, y la relee:

—¡Va a venir dentro de una semana! Caramba, tenemos mucho que hacer para que todo esté listo. —Se vuelve hacia el jardinero—. Gio, ¡dile a Vittoria que venga, rápido! —Y luego me mira, diciendo—: Tess, también voy a necesitar tu ayuda. Tenemos que abrirlo todo, pensar en las comidas, arreglar el jardín, preparar su habitación... ¡Vamos a hacer una lista!

Con mucha delicadeza, le pongo una mano sobre la manga de la bata.

—¿Quieres que vuelva dentro de media hora, cuando hayas podido vestirme?

Se mira aturdida, no se había dado cuenta de que había salido así, sin peinarse ni vestirse. Después se lleva una mano al pelo, sorprendida al darse cuenta de que lo tiene despeinado.

—Por Dios, ¿en qué estaría pensando? Claro, está bien. —Después se va corriendo a su apartamento, cerrando la puerta tras de sí.

Antes de darme la vuelta para regresar a mi casita y prepararme, echo un vistazo al jardinero, Gio; no estoy muy segura de si presentarme o no. Se ha detenido para recoger una cesta que había sobre la hierba y, al levantarse, alza los ojos y me saluda con la cabeza un instante.

—*Buongiorno* —empiezo a decir, vacilando un poco, pero luego me detengo un momento al ver la cara que pone.

Tiene unos ojos amables, pero el ceño fruncido y el gesto sombrío de la boca lo dicen todo. Gio, desde luego, no está muy contento con las noticias que Beatrice acaba de darle. No obstante, no creo que esté enfadado, no lo parece cuando parte en dirección al huerto; lo que sí creo es que está muy, pero que muy preocupado.



Los días siguientes son de una actividad muy intensa en la villa. Yo hago listas para Beatrice. Tiene las manos demasiado afectadas por la artritis como para sostener un bolígrafo, y ese teclear suyo en el ordenador con dos dedos me hacen caer en la cuenta de lo mucho que debe de haberle costado escribirme los *emails* y las cartas que enviaba a la abuela.

Antes de ponernos a trabajar me habla del propietario, al que habían perdido la pista hacía tiempo y cuyo regreso inminente ha impulsado todo este ajetreo.

—Se llama Alfredo Verlucci. Vivió aquí con nosotros, durante la guerra; fue uno de los niños que alojamos aquí como refugiados para salvarlos de los bombardeos en las ciudades más al norte. Pero según el frente fue acercándose se hizo para él demasiado peligroso quedarse. Tuvo que irse. Hubo un accidente... —Deja de hablar mientras rememora, como si algunos de los recuerdos de aquel tiempo fueran demasiado dolorosos como para hablar de ellos. Y parece que el dolor no es solo emocional, sino también físico. De manera inconsciente se lleva la mano a la parte baja de la espalda antes de

sacudir un poco la cabeza, volviendo al presente, y continúa—: Habíamos perdido el contacto con él. Francesca Robbia, la anterior propietaria, murió sin hijos y le dejó la finca a Alfredo, que era su favorito. Le rompió el corazón no haber sido capaz de encontrarlo. Cuando ella supo que se estaba muriendo, me pidió que me quedara aquí de guardesa. Me dio así un hogar de por vida. A cambio, le prometí que seguiría buscando a Alfredo y que no descansaría hasta que lo encontrara. Ahora, por fin, después de mucho tiempo, los abogados lo han encontrado. —Me muestra la carta que ha recibido, traduciendo las frases en italiano oficial que dan cuenta de que el propietario legal de Villa delle Colombe ha sido localizado y que vendrá a tomar posesión formal de su herencia el lunes 11 de mayo de 2015 a las 14.00 horas.

Mientras recorre las líneas de la carta con el dedo índice, huesudo, me doy cuenta de que le tiembla ligeramente y de cómo le brillan los ojos de la emoción —y quizá también, un poco, de alivio— porque hayan localizado a Alfredo. Ha cumplido con su deber, con la promesa que le hizo a Francesca hace tantos años. Pero no puedo evitar preguntarme qué pasará con ella una vez que él se haga cargo de la finca. ¿Le gustará que ella siga en el apartamento del ala este o querrá tomar posesión al completo de la casa? ¿Sería eso lo que preocupaba a Giovanni el día que Beatrice recibió la carta del abogado? ¿Le preocuparía también que a Vittoria y a él los echen de la granja y que los sustituyan por empleados más jóvenes? Y yo... ¿tendré que volver a mi piso de Southampton a mirar las paredes en lugar de estas vistas de la Toscana que apenas he tenido tiempo de contemplar y fotografiar?

Mientras le paso el plumero a un candelabro de la sala de recibir visitas, quitándole la fina capa de polvo que lo cubría, me echo mentalmente una reprimenda. Mis preocupaciones me parecen egoístas comparadas con el cambio que puede esperarles a Beatrice, Vittoria y Gio. Y Beatrice está tan contenta ante la perspectiva de volver a ver a Alfredo después de tantos años que resulta esperanzador. Puede que a él le guste que las cosas sigan como están,

feliz por volver a ver a la señorita Crane, por estar de vuelta en la villa que un día le sirvió de refugio durante la guerra, en su niñez.

Trabajamos del amanecer al anochecer, y ella va poniendo una marca en la lista a todo lo que está ya hecho. Abrimos las contraventanas de par en par en todas las habitaciones de la villa, que parecen haber permanecido en un estado de semioscuridad durante décadas, dejando que la luz invada las estancias. Le quitamos la capa de polvo a cada uno de los bonitos muebles, uno tras otro, y salen a la luz sofás tapizados en seda, mesas de caoba y un aparador de palisandro con incrustaciones de madreperla. Vittoria limpia los suelos y luego pule los tablones de roble con energía, hasta que brillan, dejando en el aire el aroma de la cera de abejas que emplea y algunas motas de polvo rebeldes que logran escapar de su alcance. Me subo a una escalera de mano raquítica para buscar telarañas en los rincones más alejados de las molduras del techo y las quito con el viejo plumero, mientras Beatrice, sentada en el peldaño más bajo para estabilizarla, me va indicando las que no he visto. Puede que tenga las manos atrofiadas y la espalda torcida y rígida después de tantos años de trabajar en el jardín, pero, desde luego, la vista la tiene mejor que bien.

Habla sin parar, como si el regreso de Alfredo hubiera abierto un espacio sellado en el que guardaba los recuerdos, no solo de los años de guerra sino también de su propia infancia. Quizá sea mi presencia y el hecho de que le recuerdo a mi abuela lo que hace que se ponga a rememorar sus días de colegio, en el Edimburgo de antes de la guerra, con sus dos mejores amigas.

—Éramos tan inseparables que nos llamaban «las trillizas», aunque no nos parecíamos en nada. Además, también teníamos cada una un carácter muy diferente. Tu abuela, Philly, era la líder del grupo, claro; siempre nos organizaba a las demás. No me sorprendió nada que la nombraran delegada. Ella era mucho más gentil, la chica más bonita del colegio, la más popular. Su pasión era el francés, y todo lo que tuviera que ver con Francia. Pasó

bastante tiempo en ese país. Nos sorprendió a todos al llegar la guerra entrando como voluntaria en la Women's Auxiliary Air Force, para pilotar un Hawker Hurricane.³ Era lo último que nos habríamos podido imaginar. Pero esa es otra historia...

Se echa un poco hacia delante desde donde está sentada en la escalera y me dice:

—Dale un poquito más a ese rincón, ¿de acuerdo? Creo que todavía queda una telaraña ahí. —Luego, sigue contándome—: Philly era la mejor en todas las asignaturas, le encantaban los idiomas, pero también se le daban muy bien las matemáticas. Seguramente te habrán hablado de sus hazañas en la guerra. Creo que ya han desclasificado esa información, ¿verdad?

Asiento con la cabeza, pasándole el plumero y bajando de la escalera para moverla a otro sitio de la estancia. Hace poco que me enteré de lo que había hecho mi abuela, pero, como dice Beatrice, eso es otra historia.

—Mi familia no estaba tan bien situada como la de Ella o la de tu abuela. No es que me lo restregarán, nunca lo hicieron. A Philly y a mí nos encantaba ir a la casa de su familia en Morningside cuando teníamos un fin de semana libre. A las tres nos permitían tomar el tranvía en la ciudad, siempre que fuéramos juntas y solo entrábamos en Jenners para tomarnos una taza de té y un bollo. Era a todo lo que nos atrevíamos en aquellos días. Ahora hace gracia cuando lo piensas.

Mientras trabajamos juntas, voy dándome cuenta cada vez más de quién es Beatrice Crane en realidad. Puede que sea mayor y que ahora esté artrítica, pero veo que el espíritu de la colegiala cuya foto me ha enseñado, riéndose junto a sus dos mejores amigas en una playa escocesa barrida por el viento mientras se preparan para echar una carrera y meterse en el agua, sigue ahí, a flor de piel. Debe de haberse sentido muy sola viviendo aquí sin nadie más, durante tanto tiempo, cuando lo único que la

3 N. de la Trad.: El Hawker Hurricane era un caza monoplaza utilizado por la Real Fuerza Aérea Británica durante la Segunda Guerra Mundial.

mantenía en pie era su decisión de cumplir con la promesa que le hizo a Francesca y encontrar a Alfredo.



Por fin llega la mañana del lunes y todo está listo. La villa ha vuelto a la vida. Beatrice y yo vamos de una habitación a otra, revisando los últimos detalles y cerrando las persianas para evitar que el sol del mediodía dañe los muebles. Ella ha colocado un arreglo floral en el recibidor, rosas y madreselvas del jardín, y la puerta delantera está abierta de par en par a la espera de que llegue Alfredo, para darle la bienvenida.

A la una en punto nos retiramos a su apartamento y trato de animarla para que disfrute de un almuerzo improvisado con un poco de queso y salami, pero ella está demasiado emocionada como para comer gran cosa. No deja de mirarse el reloj de pulsera, como si quisiera que las agujas se movieran más rápido para que las dos en punto llegaran antes. Acabo de prepararle una tacita de café *espresso* diminuta y se la dejo en la mesa, delante, cuando de repente oímos que llega un automóvil. Se pone en pie, se olvida del café y echa a correr por la casa para estar en la puerta principal y dar la bienvenida a Alfredo. La sigo de cerca, pisándole los talones, a tiempo de ver que el polvo se posa sobre un Ferrari negro que acaba de aparcar bajo un pino piñonero. Se abre la puerta del asiento del conductor y sale un hombre. Es joven... Demasiado joven para ser Alfredo, pienso.

Y entonces oigo el jadeo ahogado de Beatrice Crane y me vuelvo para ver cómo arruga la cara; el corazón se le ha roto en mil pedazos.